

VIA CRUCIS DEL POBRE

Primera Estación.

(Jesús es condenado a muerte)

Estaba el Pobre frente a todos los Pilatos.

Pilato preguntó: ¿Qué es la pobreza?

El Pobre no supo definirla.

Tenía manos de pobre, silencio de pobre y una mirada que le venía desde siglos, inocente, dolorida de hambre.

Pilato se lavó las manos.

El agua del lavamanos de Pilatos se convertía en oro (en oro amenazado, decían...)

¡Es preciso salvar nuestro oro!" gritaban los cortesanos... "Si no condenas al Pobre, no eres amigo del César".

Pilato llamó a su ministro de finanzas. "Está bien, dijo el ministro, crucifiquenlo para que no baje el dólar... Y vosotros, enriqueceos!".

Segunda Estación.

(Jesús es cargado con la cruz)

La cruz estaba preparada desde el día de su nacimiento.

Sin embargo, cuando el Pobre nació, su padre, que también era pobre, dijo: "No nos faltará Dios para criar a este otro niño".

Dios no faltó nunca, y nunca faltará; pero sí, el techo, el pan y el abrigo.

La madre llevó la cruz al hospital muchas veces.

Iba envuelta en la única frazada.

Iba con la cruz en el vientre abultado, en la caja de leche Purita que le daban una vez al mes...

Y la cruz estaba escrita en muchos papeles certificados para acompañar las largas esperas de los pobres cuando van a nacer a la vida...

El niño nació y su cruz se juntaba con tantas otras cruces en el callejón, que parecían un cementerio de niños.

Entonces el niño tuvo que crecer, como pudo, hasta tener la fuerza de levantar la cruz y cargarla sobre sus hombros.

Tercera Estación.

(Jesús cae por primera vez)

El Pobre cayó al peso de la cruz.

Lo empujaban a caer. El no quería caer.

Lo obligaban a cargar la cruz, él pensaba que no tenía por qué llevarla.

Entonces dijeron que era subversivo y sedicioso. Gritaban: "¡A los pobres les corresponde ser pobres!... así es el orden.

Rebajémosles el sueldo. Establezcamos un sueldo vital que no les permita vivir, entonces tendrán que levantar la cruz aunque no les guste y tendrán que llevarla cuesta arriba... ¡así es la ley de la oferta y la demanda!

Dios no quería que el Pobre fuese pobre.

No estaba aquello en el plan del Dios de la vida...

Pero el Pobre tomó su cruz para tener derecho a caminar, aunque fuese a medio crucificar.

Cuarta Estación.

(La Madre se encuentra con su Hijo)

El quebranto de la madre es grande como el mar.

Ella guardaba en su corazón todas las ilusiones: cómo el hijo sería más que ellos...

"Cuando Dios tarda es que viene en seguida, hijo. Fallará la justicia de los hombres, pero no la justicia de Dios".

La madre del pobre cree en la fuerza de la verdad; sabe que algún día esas cruces han de ser antorchas.

Mientras tanto, el Pobre caminaba por las calles con otros muchos innumerables pobres como él.

Dios los miraba en silencio, ellos lo miraban en silencio... y a las dos orillas del Vía Crucis iba naciendo del silencio un rumor hasta convertirse en grito.

El rumor y el grito de tantas cruces llegarán a ser tempestad. El grito sufriente de los pueblos romperá el muro de la bóveda de los poderosos...

Entre tanto el Pobre caminaba, a los ojos de su madre; caminaba con su cruz de muchos siglos.

Quinta Estación.

(El Cireneo ayuda a llevar la cruz)

Al Cireneo le cuesta mirar y creer que existe miseria y que la miseria es terrible.

Al Cireneo no le falta corazón, le falta audacia para abrir sus ojos. Ahora los ha abierto.

Primero se quita la túnica, tiene vergüenza de no haber visto a su hermano; después, aprende a reconocer que sus hombros son parecidos a los del hombre caído...

El Cireneo se inclinó (no estaba acostumbrado a hacerlo) y tomó la parte del madero que le correspondía.

Desde entonces, el pan y el bolsillo se le han tornado participantes, solidarios, compartidos, hermanados.

El Cireneo fue a buscar a su primo Zaqueo para aprender de él a devolver lo robado y a compartir lo propio.

Sexta Estación.

(Las Santas Mujeres le limpian su rostro)

La Señora Verónica recorrió todas las cárceles y comisarías, buscando a su hijo. Le contestaban que había desaparecido. La Señora Verónica, con otras mujeres, fue a pedir al gobernador Poncio Pilato que les dejase ver el rostro de sus hijos o el de sus maridos.

Pero los cuerpos no estaban en el Palacio del Pretorio ni en el Instituto Médico Legal.

No estaban en Investigaciones ni siquiera en la CNI.

Ellas siguieron buscando las cruces desde el Norte hasta el Sur, recorriendo el desierto con la esperanza de encontrar siquiera sus huesos.

La Señora Verónica decía: "No quiero que ninguna madre sufra lo que yo he sufrido"...

Siempre, al llegar a casa con sus pies hinchados de tanta vereda y de tanta micro, contemplaba con besos y lágrimas el rostro torturado de su hijo, adivinado en la fotografía de cuando hizo su Primera Comunión.

Séptima Estación.

(Segunda caída)

La segunda caída sucede en invierno, cuando los hijos del cesante se caen de gripe y de desnutrición.

El dinero que se obtiene con la venta de tenedores inútiles hay que gastarlo para comprar Penicilina y esas pildoritas rosadas que antes daban en el Consultorio.

Dijo el Doctor que el niño tenía que seguir un régimen de sobrealimentación para que no le venga Tuberculosis...

“¿Y de dónde, digo yo?”.

Él y ella andan con el ánimo por los barriales, sacudiendo los chaparrones de la lluvia, para conseguir un medio litro de Parafina.

A la salida del templo de Jerusalén los fariseos decían:

No trabajan de puro flojos. ¡Crucifiquenlos!

Octava Estación.

(Llorad por vuestros pecados)

Las señoras se sorprendieron cuando El las llamó "Hijas de Jerusalén".

Ellas iban acarreando dolores y esperanzas, con la fuerza de su desafío ante la adversidad.

De llorar, hay que hacerlo a escondidas, mejor enjugándose las lágrimas con la punta del delantal... para que no vean los niños.

Y hay que salir a buscar un trabajito "puertas afuera", o alguna costura de esas que mandan coser en casa a \$110, o a lo más doscientos por el desgaste de los ojos.

Ellas viven compadecidas de Jesucristo, compadeciendo como Él, por este lento camino de la pobreza de todos los días.

Pero las mujeres van juntas, y atraviesan serenas las filas de soldados.

Novena Estación.

(Tercera caída)

Pareciera que el Señor quisiera triturarlo con el sufrimiento.

El hombre pobre está cercado por todos lados, sin tener salida.

Para poder poseer una casa le han puesto cadenas de treinta o veinte años plazo y convenios con la Compañía de Electricidad para tener luz eléctrica y pagarla a plazos.

Al pobre le amenazan con embargos y lanzamientos, si no paga sus cuotas en unidades de fomento.

Es preciso que caiga por tercera vez.

Seguirá cayendo hasta la décima o vigésima generación.

Hasta que el menor de sus nietos pueda pagar la última cuota de la Corvi con el sudor de su frente y el de la de sus bisnietos, hasta que vean días mejores.

Décima Estación.

(Jesús es despojado de sus vestiduras)

Hay pobres empobrecidos que cambian de mortaja algunas veces en la vida.

Hay pobres desnudos de todo derecho.

Se reparten sus ropas disimuladamente al amparo de las leyes.

Desprovistos de toda justicia, están allí desnudos a la puerta del Palacio de los Tribunales.

No hay ni siquiera un resquicio legal para cubrir sus vergüenzas.

Los interrogó un agente de la CNI; pero no existe tortura mientras no se pruebe ante la ley su existencia. El Pobre estaba desnudo cuando, colgado de las muñecas, se desmayó de dolor.

La confesión del torturado es prueba suficiente para crucificarlo jurídicamente, dijo un Ministro de la Corte. Desnudo sale ahora el Pobre, llevando una sentencia condenatoria como taparrabos, sin recurso de amparo, inapelable.

El hombre desnudado camina entre dos filas de jueces hacia la cumbre del monte de la Calavera.

Los jueces mandaron poner un cartel en lo alto de todas las cruces injustas: "La Justicia pasó por aquí".

Decimoprimera Estación.

(Jesús es clavado en la Cruz)

Es tan simple crucificar al Pobre.

Dile que no puedes pagarle más; que hay muchos otros que ya se quisieran poder trabajar.

Dile que vuelva otro día.

Dile que la nación necesita del sacrificio de los pobres para que la economía nacional de los ricos guarde su estabilidad. Dile ¡Qué se ha creído!... ¡no faltaba más!

¡Las cosas no pueden estar mejor!...

Dile que lo importante es la libertad de mercado; y que después, cuando se replete el vaso de los ricos, se va a derramar la abundancia sobre los pobres. ¡Dile que espere!

Es tan simple como clavar un madero horizontal sobre otro vertical. Pero Nuestro Señor Jesucristo está en cada uno de sus pobres, clavado de manos y pies, entre el cielo y la tierra...

Desde lo alto de todas las cruces se oye su voz: "Padre, perdónalos; no saben lo que hacen".

Duodécima Estación.

(Jesús muere en la cruz)

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

Los verdaderos pobres sostienen el mundo con su amor.

A los ojos de los hombres sin fe, pareciera que están vencidos; pero son ellos la victoria de la humanidad.

Sin este pobre clavado en su cruz, no seríamos capaces de encontrarle sentido a Jesús de Nazareth crucificado.

El hombre no es nada de eso que brilla en el poder o en la riqueza; ni es el triunfo de la eficiencia o del placer lo que hace humano el corazón; en la cruz queda lo esencial y un grito desgarrador, porque el amor no es amado.

A la tarde de cada siglo, de cada año y de cada día, se entristece la tierra con el lamento del Pobre: "¡Tengo sed!". Es la llamada de Dios para que el hombre se haga hombre haciéndose hermano.

Decimotercera Estación.

(Jesús es descendido de la cruz)

Todos podemos hacer algo; pero sólo los pobres han de descender ellos mismos de las cruces de todos los tiempos. Sólo ellos pueden impedir que les claven las manos y los pies. Sólo los pobres pueden hacer que no haya más soldados que traspasen el costado del pueblo con sus lanzas.

Sólo ellos pueden hacer que el mundo tenga un solo calvario con una sola cruz, que recuerde la victoria de Jesucristo.

A ti, José de Arimatea, y a todos cuantos tienen corazón de pobre, les pedimos que vayan con respeto activo a desprender los clavos, zafarle las ligaduras, a reconciliar la justicia.

Decimocuarta Estación.

(Jesús es sepultado)

Pobres del mundo, vuestra vida está escondida en Dios. Pilatos y los suyos os creen sepultados; pero estáis vivos. ¡Jesucristo ha resucitado!

¡Que florezcan los campos para los campesinos que los trabajan!,

¡Y los mapuches canten en su lengua la recuperación de la tierra de sus ancestros!

¡Y que cada pobre levante su cabeza y mire al Señor!... El murió por todos, para que todos tengan vida.

¡Jesucristo ha resucitado!

¡Anda por el mundo juntando las manos de todos los pobres! ¡A sacudir cadenas! Amén,